

Título del libro

Subtítulo del libro

Autor del libro

LOGO





Prólogo

Historias para leer de noche

El texto usado como muestra en esta plantilla de ejemplo fue obtenido, indistintamente, de diferentes obras de dominio público. También hay texto falso, inventado y de relleno para dar forma a la plantilla.

MaquetaTuLibro.com

He aquí *Las mil noches y una noche*, que ya no son aquellos buenos cuentos de niños, arreglados por Galland, en los cuales los visires llevaban cuellos de encaje a lo Luis XIV y las sultanas se arreglaban la cabellera cual Madame de Maitenón, sino otros cuentos más serios, más crueles y más intensos, traducidos literalmente del árabe por el doctor Mardrus y puestos en castellano por uno de nuestros grandes escritores. «Vosotros los que no habéis leído sino el antiguo arreglo—nos aseguran los entusiastas de la literalidad—no conocéis estas mágicas historias.» Pero los entusiastas de la tradición clásica contestan: «En la versión nueva hay más detalles, más literatura, más pecado y más lujo, es cierto. Lo que no hay es más poesía y más prodigio. Por cantar más, los árboles no cantan mejor, y por hablar con superior elocuencia, el agua no habla con mayor gracia. Todo lo estupendo que aquí vemos, las pedrerías animadas, las rocas que oyen, los odres llenos de la-

drones, los muros que se abren, los pájaros que dan consejos, las princesas que se transforman, los leones domésticos, los ídolos que se hacen invisibles, todo lo féerique, en fin, estaba ya en el viejo é ingenuo libro. Lo único que el doctor Mardrus ha aumentado es la parte humana; es decir, la pasión, los refinamientos y el dolor. La nueva Schahrazada es más artista. También es más psicóloga. Con detalles infinitos, explica las sensaciones de los mercaderes sanguinarios durante las noches de rapto y las locuras de los sultanes en los días de orgía. Pero no agrega un solo metro al asalto del caballo de bronce, ni hace mayores las alas del águila Rock, ni da mejores talismanes a los príncipes amorosos, ni pone más pingües riquezas en las cavernas de la montaña. Y esto es lo que nos interesa.»

Ama y el mundo cambiará

Los que hablan así se equivocan. Las «noches» de Galland eran obrillas para niños. Las «noches» de Mardrus son todo un mundo, son todo el Oriente, con sus fantasías exuberantes, con sus locuras luminosas, con sus orgías sanguinarias, con sus pompas inverosímiles... Leyéndolas he respirado el perfume de los jazmines de Persia y de las rosas de Babilonia, mezclado con el aroma de los besos morenos... Leyéndolas he visto el extraño desfile de califas y de mendigos, de verdugos, de cortesanos, de bandoleros, de santos, de jorobados, de tuertos y de sultanes, que atraviesa las rutas soleadas, entre trapos de mil colores, haciendo gestos inverosímiles. Y como si todo hubiera sido un sueño de opio, ahora me encuentro aturdido, sin poderme dar cuenta exacta de lo que en mi mente es recuerdo de escenas admiradas en Ceylán, en Damasco, en El Cairo, en Aden, en Beirut, y lo que sólo he visto entre las páginas mardrusianas. Porque es tal la naturalidad, o, mejor dicho, la realidad de los relatos de Schahrazada, que verdaderamente puede asegurarse que no hay en la literatura del

mundo entero una obra que así nos obsesione y nos sorprenda con su vida inesperada y extraordinaria. ¡Y pensar que al abrir la obra de Mardrus figuréme que iba sencillamente a encontrarme con *Las mil y una noches* de Galland, que todos conocemos, un poco más completas sin duda, pero siempre con un añejo saborcillo de discreta galantería exótica! «Entre esta traducción nueva y la traducción clásica —pensé— debe de haber la misma diferencia que entre la *Biblia* de San Jerónimo y la del rabino Zadock Khan, ó entre la *Iliada* de Hermosilla y la de Leconte de Lisie.» Pero apenas he terminado el primer capítulo, comprendí que acababa de penetrar en un jardín antes nunca visto.

Al trasladar al francés los cuentos árabes, el escritor del siglo xvii no se contentó, como Racine, con poner casacones versallescos y pelucas cortesananas a los héroes del libro original, sino que les cambió sus almas salvajes por almas elegantes. De lo que es la palpitación formidable de la vida hizo unos cuantos apólogos morales. Así puede decirse que quien no ha leído la obra del doctor Mardrus no conoce ni vagamente las historias que hicieron olvidar durante tres años al rey de la India sus crueles designios. El título mismo no es idéntico en las dos versiones. Y no hay que decir, como algunos críticos castizos, que al traducir literalmente *Las mil noches y una noche* sólo ha cometido Mardrus un pleonasma indigno de nuestras lenguas latinas. Ajustándose desde la cubierta al original, y dejando al rótulo exterior su carácter exótico, lo que de fijo se ha propuesto es demostrar que su respeto del texto es absoluto.¹ ¿Que eso os choca?... Pues abrid la obra y comenzad la lectura. Al cabo de unas cuantas páginas, el filtro oriental habrá obrado en vuestras imaginaciones, y os figuraréis que estáis oyendo a la hija del visir en persona. ¡Ah, traductores, traductores, he ahí el gran modelo, he aquí la pauta

¹ El de Blasco Ibáñez es también absoluto: leer su traducción es como leer la de Mardrus.

impecable de vuestro arte! Todos los detalles y todos los ritmos, todas las expresiones características y todas las violencias de lenguaje, todos los madrigales sutiles y todos los refranes populares están ahí. Ahí están los seres viviendo su propia vida en su propia atmósfera. Ahí está el alma del árabe, en fin. En un prólogo dirigido a sus amigos, el doctor Mardrus explica poéticamente su severo método.

«Yo ofrezco—dice—, desnudas, vírgenes, intactas y sencillas, para mis delicias y el placer de mis amigos, estas noches árabes, vividas, soñadas y traducidas sobre su tierra natal y sobre el agua. Ellas me fueron dulces durante los ocios en remotos mares, bajo un cielo ahora lejano. Por eso las doy. Sencillas, sonrientes y llenas de ingenuidad, como Schahrazada, su madre succulenta que las dió a luz en el misterio; fermentando con emoción en rada enternecida de Alah, clemente y misericordioso. Al venir al mundo fueron delicadamente medidas por las manos de la lustral Doniazada, su buena tía, que grabó sus nombres sobre hojas de oro coloreadas de húmedas pedrerías y las cuidó bajo el terciopelo de sus pupilas hasta la adolescencia dura, para esparcirlas después, voluptuosas y libres, sobre el mundo oriental, eternizado por su sonrisa. Yo os las entrego tales como son, en su frescor de carne y de roca. Sólo existe un método honrado y lógico de traducción: la «literalidad», una literalidad impersonal, apenas atenuada por un leve parpadeo y una ligera sonrisa del traductor. Ella crea, sugestiva, la más grande potencia literaria. Ella produce el placer de la evocación. Ella es la garantía de la verdad...».

Enrique Gómez Carrillo
CRÍTICO LITERARIO Y ESCRITOR

Introducción

«Ella produce el placer de la evocación;
ella es la garantía de la verdad...»

Ningún libro tan conocido y menos conocido que esta famosa colección de novelas, monumento literario del pueblo árabe. Con el título de *Las mil y una noches* circula desde hace siglos un libro que todos aceptan como una obra completa, y nada es menos cierto. *Las mil y una noches* publicadas hasta el presente se componen de unos cuantos cuentos nada más, entresacados de la monumental obra árabe y traducidos tímidamente para que puedan servir de libro de recreo a los niños, por sus relatos maravillosos. La grande obra imaginativa de los cuentistas semitas ha permanecido ignorada hasta nuestros días. Es el doctor Mardrus el que por primera vez la dió a conocer—hace ocho años—al público de Europa² con una traducción completa y fiel de las Alf Lailah Oua Lailah (Mil noches y una noche), que hoy damos al público en lengua española.

² Las traducciones inglesas de Payne y de Burton, que igualmente son integrales, aparecieron en «ediciones privadas» de doscientos ó trescientos suscriptores y hace muchos años que no se encuentra un ejemplar. Una segunda edición de Burton se publicó algún tiempo después, pero considerablemente expurgada.

manda.» El otro repuso: «No lo haré sin que antes me des el ejemplo tú, que eres mayor.» Y ambos empezaron a invitarse mutuamente, haciéndose con los ojos señas de copulación. Pero ella les dijo:

«¿Para qué tanto guiñar los ojos? Si no venís y me obedecéis, llamo inmediatamente al efrít.»

Entonces, por miedo al efrít hicieron con ella lo que les había pedido. Cuando los hubo agotado, les dijo:

«¡Qué expertos sois los dos!»

Sacó del bolsillo un saquito y del saquito un collar compuesto de quinientas setenta sortijas con sellos, y les preguntó:

«¿Sabéis lo que es esto? «Sabed que este efrít me robó la noche de mi boda; me encerró en esa caja, metió la caja en el arca, le echó siete candados y la arrastró al fondo del mar, allí donde se combaten las olas.»

Pero no sabía que cuando desea alguna cosa una mujer no hay quien la venza. Ya lo dijo el poeta:

¡Amigo: no te fíes de la mujer; riéte de sus promesas! ¡Su buen ó mal humor depende de los caprichos de su vulva!

¡Prodigan amor falso cuando la perfidia las llena y forma como la trama de sus vestidos! ¡Recuerda respetuosamente las palabras de Yusuf! ¡Y no olvides que Eblis hizo que expulsaran a Adán por causa de la mujer!

¡No te confíes, amigo! ¡Es inútil! ¡Mañana, en aquella que creas más segura, sucederá al amor puro una pasión loca!

Y no digas: «¡Si me enamoro, evitaré las locuras de los enamorados!» ¡No lo digas! ¡Sería verdaderamente un prodigio único ver salir a un hombre sano y salvo de la seducción de las mujeres!

Los dos hermanos, al oír estas palabras, se maravillaron hasta más no poder y se dijeron uno a otro: «Si éste es un efrít, y a pesar de su poderío le han ocurrido cosas más enormes que a nosotros, esta aventura debe consolarnos.» Inmediatamente se despidieron de la joven y regresaron cada uno a su ciudad.

En cuanto el rey Schahriar entró en su palacio, mandó degollar a su esposa, así como a los esclavos y esclavas. Después ordenó a su visir que cada noche le llevase una joven que fuese virgen. Y cada noche arrebatava a una su virginidad. Y cuando la noche había transcurrido mandaba que la matasen. Así estuvo haciendo durante tres años, y todo eran lamentos y voces de horror. Los hombres huían con las hijas que les quedaban. (...)

Amar y el anhelo de salir de uno mismo

Mónica y las pasiones del desengaño

Schahrazada dijo: «He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que hubo un mercader entre los mercaderes, dueño de numerosas riquezas y de negocios comerciales en todos los países».

Un día montó a caballo y salió para ciertas comarcas a las cuales le llamaban sus negocios. Como el calor era sofocante, se sentó debajo de un árbol, y echando mano al saco de provisiones, sacó unos dátiles, y cuando los hubo comido tiró a lo lejos los huesos. Pero de pronto se le apareció un efrít de enorme estatura, que, blandiendo una espada, llegó hasta el mercader y le dijo: «Levántate para que yo te mate como has matado a mi hijo.» El mercader repuso: «Pero ¿cómo he matado yo a tu hijo?» Y contestó el efrít: «Al arrojar los huesos, dieron en el pecho a mi hijo y lo mataron.» Entonces dijo el mercader: «Considera ¡oh gran efrít! que no puedo mentir, siendo, como soy, un creyente. Tengo muchas riquezas, tengo hijos y esposa, y además guardo en mi casa depósitos que me confiaron. Permíteme volver para repartir lo de cada uno, y te vendré a buscar en cuanto lo haga. Tienes mi promesa y mi juramento de que volveré en seguida a tu lado. Y tú entonces harás de mí lo que quieras. Alah es fiador de mis palabras.» El efrít, teniendo confianza en él, dejó partir al mercader.

licia!» Schahrazada contestó: «Pues nada son comparadas con lo que os podría contar la noche próxima, si vivo todavía y el rey quiere conservarme.» Y el rey dijo para sí:

«El amor es una maravillosa flor, pero es necesario tener el valor de ir a buscarla al borde de un horrible precipicio.»

«La raíz de todas las pasiones es el amor. De él nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperación.»

Capítulo II

«Soy lo que has hecho de mí.»

Había en la ciudad un hombre que era soltero y además mozo de cordel. Un día entre los días, mientras estaba en el zoco, indolentemente apoyado en su espuerta, se paró delante de él una mujer con un ancho manto de tela de Mosul, en seda sembrada de lentejuelas de oro y forro de brocado. Levantó un poco el velillo de la cara y aparecieron por debajo dos ojos negros, con largas pestañas, y ¡qué párpados!

Era esbelta, sus manos y sus pies muy pequeños, y reunía, en fin, un conjunto de perfectas cualidades. Y dijo con su voz llena de dulzura: «¡Oh mandadero! coge la espuerta y sígueme.»

Y el mandadero, sorprendidísimo, no supo si había oído bien, pero cogió la espuerta y siguió a la joven, hasta que se detuvo a la puerta de una casa.

Llamó y salió un nusraní, que por un dinar le dió una medida de aceitunas, y ella las puso en la espuerta, diciendo al mozo: «Lleva eso y sígueme.» Y el mandadero exclamó: «¡Por Alah! ¡Bendito día!» Y cogió la espuerta y siguió a la joven.

Y he aquí que se paró ésta en la frutería y compró manzanas de Siria, membrillos osmaní, melocotones de Omán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, cohombros del Nilo, limones de

Egipto, cidras sultaní, bayas de mirto, flores de alheña, anémonas rojas de color de sangre...

Con violetas, flores de granado y narcisos

Y lo metió todo en la espuerta del mandadero, y le dijo: «Llévalo.» Y él lo llevó y la siguió, hasta que llegaron a la carnicería, donde dijo la joven: «Corta diez artal de carne».

Y el carnicero corto los diez artal, y ella los envolvió en hojas de banano, los metió en la espuerta, y dijo: «Llévalo, ¡oh mandadero!» Y él lo llevó así y la siguió, hasta encontrar un vendedor de almendras, al cual compró la joven toda clase de almendras, diciendo al mozo: «Llévalo y sígueme.»

Y cargó otra vez con la espuerta y la siguió, hasta llegar a la tienda de un confitero, y allí compró ella una bandeja y la cubrió de cuanto había en la confitería: enrejados de azúcar con manteca, pastas aterciopeladas perfumadas con almizcle y deliciosamente rellenas, bizcochos llamados *sabun*, pastelillos, tortas de limón, confituras sabrosas, dulces llamados *muchabac*, bocadillos huecos llamados *lucmet-el-kadí*, otros cuyo nombre es *assabihzeinab*, hechos con manteca, miel y leche. Y el mozo la siguió, llevando siempre la espuerta, hasta que la joven llegó a un palacio, todo de mármol, con un gran patio que daba al jardín de la parte de atrás. Todo era muy lujoso, y el pórtico tenía dos hojas de ébano adornadas con chapas de oro rojo.

(...)

FIN

Epilogo

La joven llamó, y las dos hojas de la puerta se abrieron. El mandadero vió entonces que había abierto la puerta otra joven, cuyo talle, elegante y gracioso, era un verdadero modelo, especialmente por sus pechos redondos y salientes, su gentil apostura, su belleza, y todas las perfecciones de su talle y de todo lo demás. Su frente era blanca como la primera luz de la luna nueva, sus ojos como los ojos de las gacelas, sus cejas como la luna creciente del Ramadán, sus mejillas como anémonas, su boca como el sello de Soleimán, su rostro como la luna llena al salir, sus dos pechos como granadas gemelas. En cuanto a su vientre juvenil, elástico y flexible, se ocultaba bajo la ropa como una carta preciada bajo el rollo que la envuelve.

Por eso, a su vista, notó el mozo que se le iba el juicio y que la espuerta se le venía al suelo. Y dijo para sí: «¡Por Alah! ¡En mi vida he tenido un día tan bendito como el de hoy!»(...)

¡El que mida tu talle, ¡oh joven! y lo compare por su esbeltez con la delicadeza de una rama flexible, juzga con error a pesar de su talento! ¡Porque tu talle no tiene igual, ni tu cuerpo un hermano!

Entonces la joven se levantó, y llegando junto a sus hermanas, les dijo: «¿Por qué permanecéis quietas? Quitad la carga de la cabeza